

Apetitos de Familia

En Actos del Habla

María Belén Saez de Ibarra

En **Apetitos de Familia** Clemencia nos coloca igualmente en situación de un rito. Este rito utiliza también metáforas extraídas del acervo cultural de occidente. Se trata de la matanza de un cerdo. La matanza del cerdo nos remite a las ceremonias narradas en la mitología griega y romana del sacrificio para honrar a Deméter, la diosa de la fertilidad y protectora de los lazos de la unión en el parentesco y en el casamiento. La primera imagen que sobreviene es la imagen plena de la sangre llenando todo el espacio de la proyección en la base de la tierra. La sangre permeando la tierra es un hecho alegórico del eterno ciclo de la vida y la muerte, el ciclo del renacimiento perpetuo. La naturaleza de la fertilidad. La sucesión de generación en generación; por tanto el vínculo en la fertilidad y en la sangre con los antepasados. Este es un símbolo constitutivo, primario de la cultura. Hace parte de las tradiciones rituales de los pueblos desde la antigüedad, así como las matanzas de los animales y el sacrificio, y es el símbolo central de las ceremonias de la cristiandad. La sangre y el sacrificio en la muerte son elementos de una lengua atávica que se refiere a la creencia en un renacimiento –Cristo mismo en la cruz y la consagración de su sangre-. Es un culto a los antepasados que renueva la promesa de una cohesión solidaria para la vida. Este rito es realizado en congregación. Esta “fiesta” de la matanza del cerdo pervive en las zonas rurales latinoamericanas y europeas en la actualidad. La familia, como emblema de la unión, de la idea de pueblo, de comunidad, se reúne en torno a esta performance que se repite cada año. La sangre, la matanza, el extirpado de las vísceras, la elaboración de los embutidos, las escenas de la congregación familiar y sus expresiones físicas de afecto, que en **Apetitos de familia** se recrean, hacen parte de la iconografía del bodegón en occidente. EL uso del claroscuro en el tratamiento estético del video vivifica con preciosismo una cercanía emocional con los cuadros de la cotidianidad del hogar, que es en definitiva el lugar del bodegón como representación simbólica. El sonido de los latidos de un corazón que es protagónico en la escena, hace un énfasis en la pulsión vital del momento y en la intimidad de la unión –acaso matricial- que a través de este rito se busca renovar.

\*\*\*